

¿UNA GUERRA "LIMPIA"?

Los G. I.'s van a abandonar el Vietnam;
los ordenadores seguirán allí

GRASSHOPPER, Igloo White, Tom Cat, Duffle Bag son los nombres en clave de las nuevas armas experimentadas por los americanos en Vietnam. Objetivo: hacer una guerra «limpia», sin situaciones de cuerpo a cuerpo ni bayonetas. Una guerra en la que los jóvenes americanos no tendrán que ensuciarse las manos. Una guerra de expertos, de robots y de ordenadores, en la que el enemigo no será más que un trazo verde sobre un tubo catódico y en la que la historia de una batalla se resumirá en un simple diagrama. Una guerra sin drogas y sin teniente Calley.

Según los expertos americanos, esa guerra electrónica se habrá convertido en realidad antes de un decenio. Varios de estos instrumentos han dado ya «excelentes resultados» en Indochina.

El proyecto en cuestión está basado en una serie de investigaciones del Institute for Defense Analyses, de Washington. Este organismo, la Jason Division, está compuesto por un grupo de eminentes universitarios que ponen su genio a disposición de los militares. Ellos son los inventores de la guerra de mañana, los mismos que concibieron, en 1966, la McNamara Line, esa especie de línea Maginot electrónica construida, entre los dos Vietnam, al Sur de la zona desmilitarizada. La construcción de esta barrera fue interrumpida por razones técnicas, pero la idea iba a tener consecuencias.

«Olfateadores de hombres»

La línea McNamara estaba constituida por una cadena de detectores electrónicos encargados de señalar el paso de tropas enemigas por la frontera. Los detectores han sido perfeccionados desde entonces: aparte de los detectores acústicos y los simógrafos, los americanos utilizan actualmente «olfateadores de hombres» (detectores químicos que reaccionan a los olores del cuerpo) y «sensores térmicos» (sensibles al calor humano). Estos aparatos van instalados dentro de una especie de estacas que se lanzan desde los aviones y se clavan en el suelo.

Las señales emitidas por los detectores son transmitidas a una caja negra, que envía entonces las informaciones a un avión de reconocimiento. El avión retransmite las señales a un ordenador que, a centenas de kilómetros de distancia, evalúa el origen, la naturaleza y la posición de los trazos. Si se trata de rayas enemigas, los datos obtenidos alimentan a su vez a un ordenador instalado a bordo de un avión o de un helicóptero de combate: le comunican la ruta a seguir y harán que se abra fuego en el momento preciso.

Los aviones y helicópteros (especialmente los caza-bombarderos «F» y el temible helicóptero «Night Hawk») van equipados de bombas guiadas por el laser o los rayos infrarrojos. Pero

están en estudio otros dos proyectos: un pequeño bombardero supersónico capaz de despegar y aterrizar en un espacio mínimo, el «Ax Attack Bomber», y el helicóptero S.M.A.S.H. (South East Asia Multi Sensor Armament System Helicopter). Próxima etapa: los aviones robot sin piloto.

La panoplia comprende además bombas en racimo, bombas que tienen el tamaño de un botón; minas de resorte sensible a las personas (las «Wappum» y las «Dragon Teeth»), que se lanzan desde los aviones y quedan montadas tan pronto como tocan el suelo.

Gracias a estas nuevas armas, el Estado Mayor norteamericano pudo anunciar en marzo de 1971 que el tráfico a lo largo de la pista Ho Chi Minh había sido reducido en un 80 por ciento.

Ochocientas firmas

El general Westmoreland, ex comandante en jefe de las tropas norteamericanas destacadas en Vietnam, ha sido el primero en proclamar, en un discurso pronunciado en octubre de 1969, lo que sería esta guerra automatizada: «Veo campos de batalla en los que los enemigos localizados podrán ser totalmente destruidos gracias a la transmisión instantánea de informaciones y al desencadenamiento instantáneo de una fuerza mortífera».

Más de ochocientas empresas norteamericanas, entre ellas la I.B.M., la General Electric y la R.C.A., preparan la guerra electrónica; sin embargo, el proyecto ha sido durante bastante tiempo ignorado por senadores y diputados. El 31 de julio de 1970, a raíz de una serie de artículos aparecidos en la prensa económica e industrial, se discutió por fin el asunto en el Capitolio. El senador Proxmire calculó el coste de las investigaciones en dos mil millones de dólares, pero el coste final será unas diez veces más elevado.

Los americanos se proponen «vietnamizar» también, antes de salir, esta guerra electrónica. Ya funciona, por ejemplo, en Vietnam del Sur una escuela de detección para «rangers».

A fin de comprender en toda su amplitud la «filosofía» de esta guerra electrónica hay que remitirse al artículo de Olivier Todd sobre el principal consejero del Presidente Nixon, Henry Kissinger (véase este mismo número). Según Henry Kissinger, ha acabado la era de la ocupación y de la presencia militar. Es ahora posible dominar el mundo desde Washington. Con sólo pulsar un botón. Resultan comprensibles las palabras atribuidas a Chu En-Lai por el antiguo consejero de Nasser, Mohamed Heykal, en el sentido de que sería hasta cierto punto preferible que los americanos mantuviesen sus tropas en Vietnam: mientras puedan vengarse en los jóvenes G.I.'s, los pueblos indochinos no tendrán que temer tanto a una estrategia nuclear. ■ CHRISTINA BENER.

LOS "INTOCABLES"

Según la ley hebrea, la maldición de la "bastardía" dura diez generaciones

MYRIAM Langer, una joven israelita de veintidós años, ha sido abandonada por su novio. Normalmente, este incidente no hubiese tenido ninguna importancia. Es algo que ocurre diariamente en Israel. Pero el caso de Myriam es especial. Muy especial, nos apresuramos a añadir. Myriam es mayor de edad y soltera, pero no tiene derecho a contraer matrimonio ni lo adquirirá jamás. Así lo decidió, hace tres años, el Gran Consejo de Rabinos de Israel. Consecuencia: su novio, cansado de esperar una improbable revisión de la decisión, decidió poner fin a su compromiso.

Casarse en Israel por la religión hebrea es muy fácil: basta ser judío y tener dieciocho años cumplidos. Se solicita un certificado de soltería del rabino más próximo y se fija la fecha de la boda —la *houpa*—. Si los novios son musulmanes o cristianos, hay que dirigirse al kadi o al sacerdote correspondiente. Las dificultades surgen cuando un judío quiere casarse con una que no lo es, o viceversa. Como no hay matrimonio civil, la única solución es que uno de los contrayentes se convierta previamente.

Pero Myriam Langer, judía, deseaba casarse con otro judío. Por eso no entendió muy bien las explicaciones del rabino en el sentido de que ella no podría jamás casarse con un «buen» judío como su novio. ¿No era judía ella misma? Sin duda alguna. Pero... Myriam figuraba desde hacía bastantes años (desde 1956, exactamente) en una lista negra reservada para una categoría especial de judíos: los *manzerim*. Y un *manzer* (plural *manzerim*) sólo puede contraer matrimonio con otro *manzer*. (Los varones pueden, según ciertas autoridades rabínicas, unirse a una prostituta o a una no judía dispuesta a convertirse; a las mujeres no les asiste siquiera este derecho.)

Pero, ¿qué es un *manzer*? Literalmente, un «bastardo»: un hijo nacido de mujer adúltera, incestuosa o que, casada una vez, no se ha divorciado según las leyes del rabinado ortodoxo. Observemos de paso que el «bastardo» del mundo cristiano no existe en la legislación religiosa judía, bastante liberal en este sentido, ya que rechaza la noción de hijo ilegítimo, considerando a todos los hijos como naturales. No obstante, ser tachado de *manzer* constituye en Israel una terrible maldición. Ser *manzer* en Israel es mucho más grave que ser bastardo en cualquier otro lugar del mundo. Para librarse de esta tara no les queda a los *manzerim* ni siquiera la solución de convertirse al judaísmo (solución ofrecida a cristianos, musulmanes, budistas y otros no judíos deseosos de casarse con una persona judía), porque, para su desgracia, el *manzer* es ya judío. Pero, además, su descendencia está condenada a sufrir ese estigma hasta la décima generación.

Esta precisión teológica puede hacernos reír. Pero en un país como Israel, en el que el rabinado tiene el

monopolio de los matrimonios y donde la farsa se convierte rápidamente en tragedia, se trata de una cosa muy seria. Una cosa que puede destrozar una vida, como la de Myriam Langer. Como la de su hermano Hanoh, de veinticinco años, que lleva también tres años luchando para que se le conceda por fin el derecho a casarse con la muchacha elegida. El propio general Dayan intervino en cierta ocasión en favor de un *manzer*, militar de carrera. El ministro de Defensa calificó de «escandalosa» la actitud del rabinado y exigió la instauración del matrimonio civil para aquellas parejas a las que les está vedado el matrimonio religioso. En vano. El Gran Rabino se mostró más fuerte que el triunfador de la «Guerra de los seis días». Para no hacer peligrar su Gobierno de coalición, del que forma parte el Partido Nacional Religioso, la señora Golda Meir rogó a Dayan que olvidara su propuesta. Aunque enfurecido, el ministro de Defensa tuvo que entrar en razón y terminar cediendo. Ahora se niega a pronunciarse sobre el matrimonio civil.

Ocultar su «vergüenza»

Hasta el estallido del «affaire» Langer, el hombre de la calle nada sabía en Israel del drama de los *manzerim*, mucho más numerosos de lo que se cree, por más que prefieren ocultar su «vergüenza» antes que entablar un combate perdido de antemano. Las emociones suscitadas son tanto más intensas por cuanto que este «affaire» puede llegar a constituir un obstáculo para la inmigración: son decenas de millares los judíos americanos y europeos casados en segundas nupcias después de haber obtenido bien un divorcio civil, bien uno de los rabinos reformados (hay en los Estados Unidos un millón de judíos pertenecientes a la sinagoga reformada), cuyos descendientes, de emigrar a Israel, se verán tachados de *manzerim*. Lo mismo ocurre con los judíos de la Unión Soviética, país donde el divorcio religioso prácticamente no existe desde 1917.

Un diputado centrista, Avsoar, ha presentado un proyecto de ley en este sentido. Dos diputados izquierdistas, Uri Avneri y el doctor Moshe Sneh, han ido aún más lejos al solicitar del Knesset (Parlamento de Israel) la votación de una ley que permitiese a los israelitas elegir entre el matrimonio religioso y el civil. Ambos proyectos fueron rechazados por aplastante mayoría. «La conciencia de coalición pudo más que la conciencia a secas», diría al respecto un diputado liberal, desengañado por los resultados de las votaciones.

De todas formas, el asunto no está aún zanjado. Acaba de crearse un comité público para la defensa del matrimonio civil compuesto por personalidades de todas las tendencias. Su consigna es: «Todos somos *manzerim*». ■ VICTOR CYGIELMAN.